

Todos inventamos la píldora

Marta Alcocer

"Como en esa época el conocernos carnalmente me daba placer, y también al cura, no creía yo, y no me parece, que fuera pecado. Pero como ahora no me da placer ser conocida por este sacerdote, si lo hiciera, creería pecar" Grazida, mujer del siglo XIV

"La enérgica prohibición del sexo extraconyugal, incluso en los hogares judíos no tradicionales, podía significar que, una vez "caída" una niña sintiera... que ya no había lugar para ella en el rebaño de la comunidad" Hria. de las mujeres, vol 7: siglo XIX.



Cada sociedad y cada época tienen sus verdades. Los discursos que avalan lo que es cierto y lo que no pertenecen a un momento histórico y cambian con el tiempo. Por ejemplo, la Universidad llegó a México con el virreinato, pero a nadie, excepto a Sor Juana cuando era niña, se le ocurría que las mujeres pudiéramos tener derecho a estudiar en ella. Hoy, a nadie se le ocurre decir que la Universidad debe estar vedada para nosotras.

Hace un mes, leí en "La ruta de Hernán Cortés" un párrafo que dice: "Si existiera la posibilidad... de que un huichol, un maya o un otomí tuviera dinero y voluntad para entrar en una sala de espectáculos, estoy seguro de que el correcto empleado de la puerta le impediría el paso. Y haría bien. Nuestra concepción del orden social sufriría un grave quebranto". Este libro lo escribió nada menos que Fernando Benítez y se publicó por primera vez en 1950. Hoy, a ningún intelectual estudioso y divulgador de la vida de los indígenas se le ocurriría escribir algo semejante.

En ese año de 1950 las mujeres mexicanas no tenían aún derecho a

votar en las elecciones gubernamentales. La Iglesia Católica poseía un enorme poder sobre las conductas sexuales, y la mayoría de las niñas y niños no recibían información sexual, ni como tema escolar ni de sus papás. El discurso de la sexualidad era tabú, al menos en la burguesía occidental. Desde el siglo XIX, éste, en boca de las madres, desaparece. Se supone que, al no hablar sobre ello, las niñas crecerán sin impulsos sexuales, como ángeles, y bien cuidadas y encerradas en sus casas, se verán libres de todo acoso sexual y de todo deseo carnal.

Pero la sexualidad está en los seres vivos desde hace millones de años. Y el deseo sexual no puede domeñarse, evitarlo jugando a que no existe.

Lo que lograron estos paladines de la "moralidad", además de dejar a las niñas sin saber qué hacer, vulnerables frente a su cuerpo y su sexualidad, temerosas y débiles, es que dejaron de transmitirse de generación en generación los conocimientos sobre control de la natalidad, y las parejas se quedaron sin poder decidir cuándo y cuántos hijos tener. Esto ya había sucedido antes. La historia de

occidente tiene épocas de fuerte expansión demográfica y épocas en las que disminuye la natalidad. Momentos históricos en los que se oculta o se desdeña el discurso sobre las formas de controlar la fecundidad, y otros donde se abre y expande.

Desde hace más de tres mil años había maneras de que las mujeres espaciaran el número de hijos. Se sabe que desde 1350 años antes de Cristo ya existían los condones, las parejas practicaban el coitus interruptus y muchas mujeres conocían y tenían acceso a hierbas, plantas y recetas que ayudaban a evitar los nacimientos.

En el medioevo, a miles de mujeres se les acusó de brujería y se les torturó y quemó por conocer y controlar la natalidad. Había que reproducirse a toda costa.

La intervención de instituciones como la Iglesia, y los Estados, que urgían a procrear muchos hijos para Dios y para la guerra, y prohibían el discurso de lo sexual, dio lugar a que casi las únicas guardianas del conocimiento sobre la anticoncepción fueran las mujeres de la vida alegre. Gracias a ellas, en el siglo XVIII, en Francia, el discurso anticonceptivo pudo hacerse del dominio de más

Jem





mujeres y las parejas decidir sobre si hacer el amor sólo por el placer de hacerlo, o también para reproducirse.

Sin embargo, la Iglesia nunca cejó en su empeño de tener más fieles, y desde que pudo urgió a las casadas a procrear. "No es por vicio ni por fornicio, sino por hacer un hijo a tu servicio", rezaban ellas antes de tener relaciones sexuales.

Virginidad, maternidad o vivir en pecado eran las alternativas: no sexo, sexo-procreación o sexo-placer. Que cada mujer "elija", con las consecuencias de sus actos: el cielo, el purgatorio o el infierno.

Sin embargo, no todas se ciñen a los llamados de la Iglesia, sus propios padres, maridos y los cánones sociales, escapan del discurso dominante y construyen otros a partir de sus necesidades y de las demandas de su propio cuerpo. Hacen historia, y la historia, es cambio, es movimiento, impulso, aventura, y está llena de utopías y de deseos que nosotros, los actores sociales, cuando nos rebelamos, generamos y buscamos llevar a cabo.

En las mujeres de todos los tiempos está el deseo sexual y el deseo de maternidad, pero uno y otro son independientes. Cuando una mujer es capaz de controlar su fecundidad, puede alcanzar la independencia económica y política.

A la segunda década del siglo pasado se la llama "los fabulosos veinte". El cine floreció de divas, el

charleston se puso de moda, las mujeres se cortaron el pelo y en 1928 al investigador Haberlandt se le ocurrió que ellas podrían usar hormonas de ovarios y placentas de mamíferos para regular su fertilidad. Cada vez con más fuerza, las mujeres soñaron y desearon poder elegir cuándo y con quién ser mamás, y si querían serlo. En 1923, en Estados Unidos nace la Liga para el Control de los nacimientos. Las mujeres que la fundaron trataron de que se quitaran las leyes que prohibían en este país la información sobre métodos de control natal. Organizaron conferencias y publicaron folletos para quienes quisieran informarse sobre ellos. Promovieron la investigación sobre hormonas anticonceptivas. Varias veces las metieron a la cárcel. Mientras, aquí, en Yucatán, el gobierno de Felipe Carrillo Puerto repartía manuales sobre cómo controlar la natalidad, y en la capital, José Vasconcelos discurre hacer una campaña nacional de educación sobre anticoncepción, pero se echa para atrás alegando que la Iglesia Católica tiene mucha influencia en la gente y no va a resultar.

Era el momento histórico para la gestación de la píldora. No pudo haber sido inventada en otro siglo. La ciencia la hacen los científicos, y ellos se hacen en el espíritu de una época. Y se nutren también de los deseos y necesidades sentidas que impulsan los movimientos sociales.

En la década de los treinta, (la de la Gran Depresión), al ver que las hormonas animales eran caras y difíciles de extraer, los investigadores las buscan entre los vegetales y las encuentran en México, en el barbasco: una enredadera vivaz, silvestre y tropical, que trepa muy alto a los árboles de los bosques del sur de la República. Se reproduce soltando unas semillas aladas, y las mujeres usan su raíz, que llega a tener medio metro de diámetro, para aliviar cólicos, contracciones del parto y reumas.

Pasan más de quince años los

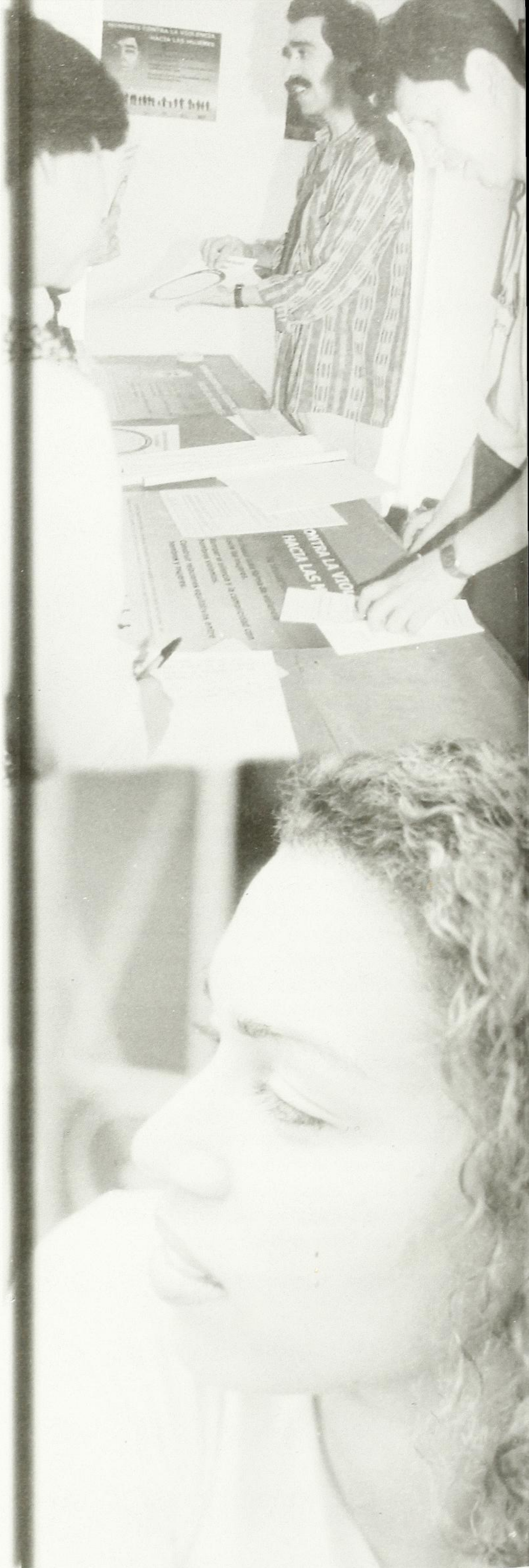
investigadores intentando aislar los esteroides que contiene el barbasco, y meterlos en una píldora en la dosis adecuada para evitar un embarazo sin causar estragos en el ciclo menstrual. En esos quince años estalla la Segunda Guerra Mundial, Hitler afirma que le alegra que sus soldados consideren como un deber hacia la nación incitar a las muchachas bonitas a tener hermosos niños, muchos hombres se van al frente y las mujeres se hacen cargo de la industria, el comercio, la agricultura y la familia. Por primera vez algunas de ellas ocupan puestos muy importantes, y se desempeñan en ellos muy bien.

Al terminar la guerra, los hombres regresan, y ellas, aún las que tenían responsabilidades y puestos de mando, pierden sus trabajos y vuelven a sus hogares. Pero los límites de la conciencia posible de muchas se habían ensanchado

En los años cincuenta muchas se preguntaban: ¿qué quiero hacer? Y lo convirtieron en un deber. Querían tener los mismos derechos que los hombres: votar, ir a la Universidad, trabajar y ser independientes. Estados Unidos vivía un auge económico, mientras Europa se rehacía y México iniciaba una etapa de fuerte industrialización y urbanización. En Estados Unidos nacieron los suburbios, albergando a millones de parejas jóvenes cuyos hombres apenas habían regresado triunfantes de la guerra. A ellos, el Sistema les dio un trabajo, una casita, un auto y comodidades. Las mujeres se llenaron de hijos y de aparatos de limpieza. En los comerciales y las revistas femeninas se las veía felices en el supermercado, en la cocina, con sus utensilios supermodernos, manejando una enorme camioneta llena de niños. Aparecieron los grandes centros comerciales (Malls) y los Mac Donalds. Pero un reportaje que luego se convirtió en libro, de Betty Friedam, que había estudiado periodismo en una Universidad femenina, descubrió

que ellas no eran ni la mitad de lo felices que el Sistema pretendía y simulaba que fueran. Que se sentían aisladas, inútiles, inseguras. Para ellas, el sueño americano era una pesadilla. Llevaban una vida sexual muy mediocre. Estaban insatisfechas. Embarazándose como si eso les tocara hacer en la vida, viendo telenovelas, pariendo niños y educándolos en la sociedad de consumo, eran dependientes del marido económica y afectivamente, siempre como menores de edad. Ellas tenían todo salvo independencia y libertad. Betty Friedam se encargó de publicarlo a los cuatro vientos. La lucha feminista volvió a tener auge. La píldora anticonceptiva era una necesidad. En ese momento estaba en experimentación, y sería el método más seguro para que las mujeres evitaran un embarazo y controlaran casi completamente su fecundidad. Un paso muy importante para ser libres.

Dicen que muchas veces los hijos heredamos los deseos de nuestros padres, sus sueños adolescentes, los más recónditos y profundos, y los hacemos realidad. Los hijos de estas mujeres insatisfechas crecieron y se convirtieron en la generación de los años sesenta y setenta. Fueron los estudiantes que protestaron contra el Sistema. La generación que se rebeló contra lo establecido, contra las mentiras de una doble sexualidad, y proclamó el amor libre y la prohibición de prohibir. Ellos querían el





mundo y lo querían ahora. Se fueron al campo a cultivar mota y verduras orgánicas, a hacer un paraíso en la naturaleza viviendo en comunas, renunciando a las comodidades y la mediocridad familiar. Soñaron un sueño diferente al que la sociedad de consumo les proponía. Se acercaron a la naturaleza, pero no olvidaron llevar consigo la píldora. Ellas la usan y proclaman a voz en cuello la libertad sexual. La sexualidad ha dejado de ser tabú, se discute sobre ella en cualquier café y se practica en cualquier rincón. En el automóvil por ejemplo, símbolo de que el bienestar ha llegado a las masas. Se rompe el discurso de separación, rechazo y exclusión femenina en el ámbito de lo público. Se inventan nuevos discursos, nuevas formas de relacionarse. Los jóvenes mandan en sus cuerpos, hay consenso entre ellos, mientras sus padres y madres y el sistema todo mira con escándalo la rebelión de los pimpollos, tan cuidadosamente criados en los suburbios, crecidos a base de hamburguesas de Mac Donalds, Pizzas Hut, Dunkin Donas, carne asada a la barbiquiú, monitos de Walt Disney, albercas, vacaciones y toda una parafernalia que no existía antes de que ellos nacieran.

La píldora es un objeto histórico. La historia es una red que los actores sociales vamos tejiendo y modificando constantemente. Esa red contiene la imaginación, el horizonte utópico de las generaciones superpuestas, atadas y desatadas decenas de veces, según los límites de su conciencia posible. Y en esta red, todo, absolutamente todo lo que existe en el mundo, está interrelacionado y asociado. Las relaciones de competencia y contradicción son sólo momentos que terminan en acuerdos, en relaciones asociativas. La red es tejida con diferentes hilos y propósitos, con imaginarios distintos, culturas diversas. Cada quien, cada ser vivo, tiene allí un nicho, teje allí un nido producto de un conjunto de

relaciones, de impulsos que le dan energía y movimiento, y que acaban formando objetos. La píldora es el resultado de un conjunto de tejidos, de relaciones que se fueron tramando. Es sólo un objeto. Devino la píldora gracias a los movimientos de liberación de unas mujeres, a la insatisfacción de ellas y otras, al espíritu libre de otras más, a la existencia del barbasco, esa hierba silvestre cuyas propiedades usan las mujeres desde muy antiguo, y que un buen día descubre un hombre que reflexiona en las reflexiones de su tiempo, un investigador sensible a las necesidades del momento histórico, con intereses selectivos. Y este hombre concreta una necesidad de su época.

Las relaciones siguen tejiéndose. La historia continúa. El contenido de la píldora deriva en distintas variantes: inyección, píldora del día siguiente, cápsulas subcutáneas con tres y con cinco años de efectividad. La píldora permite a las mujeres ejercer poder sobre su sexualidad, mayor al que le permitían otros anticonceptivos menos efectivos o más complicados. Sexoplacer, sobre sexo-reproducción. Lista para ser tomada, ensancha los límites impuestos por un contexto que se ve obligado a cambiar. Tiene un nombre y una función. Es un objeto de un tiempo histórico, que da lugar a otros objetos, y la red vuelve a ensancharse, y las mujeres, con y sin los hombres seguimos encontrándonos y conociendo nuestra sexualidad, ahora también a través de nuestro cuerpo, sus ciclos y las manifestaciones de ellos. Comenzamos a recuperar los secretos que las brujas guardaban. Y soñamos con un tiempo en el que sin necesidad de sustancias sintéticas podamos conocer y ser dueñas de lo que sucede en nuestro cuerpo. La acidez de nuestra saliva, la consistencia de los fluidos que emitimos, los estados de ánimo, la luna, todo, podremos leerlo en el futuro como indicaciones sobre cada uno de los momentos de nuestros ciclos.